

Trasiegan cocido, merluza, pan y queso regados con media de blanco y media de tinto. Hablan de España, de Estados Unidos, del hispanoamericanismo. Señala Guzmán:

— Lo malo del hispanoamericanista es que nadie sabe cuando lo propugna, liberarse de la intermediación y la vaguedad.

— Sí, y mucho me temo que conmigo la vaguedad aumente.

Lejos de mí contradecir a D. José.

La vuelta de Vasconcelos a España tiene lugar después de su derrota electoral de 1929, ya advenida la República. A no pocas de cuyas figuras había frecuentado en París. De esta nueva incursión en el mundo hispánico se ocupan las últimas páginas, amargas y críticas, de sus memorias: «Nuevo peregrinar», «Madrid», «Malgré tout», «Domingos españoles», «Asturias», «La aldea asturiana», «Tromba española», «La paz de la ignominia», «Playas y sol», «La despedida española».

Páginas, dije, amargas y críticas. La piel hipersensible por culpa de lo ocurrido en su país, Vasconcelos muéstrase agrio y pugnaz. «A nadie visité y nadie nos visitaba, excepción hecha de Díez-Canedo». Se niega a entrevistarse con Azaña. A diferencia del pasado, advierte a Valle-Inclán «cauteloso» con él. Ortega y Gasset le parece fenomenologista germanizante y Unamuno, «*dilettante* filosófico». Indalecio Prieto, compañero del destierro parisiense, se hace el «desentendido». Corpus Barga lo invita a hablar en el Ateneo, pero ante la decisión de Vasconcelos de hacer la defensa «del catolicismo español», la conferencia queda en veremos. Juzga con dureza el experimento republicano, para él en manos antiespañolas. («Aquella república masonificada, sajonizada»). Vasconcelos se siente víctima de una conjura de sus anfitriones. «La consigna era no ponerse mal con Calles. También Domingo³ le había dicho a un amigo común: «¿Cómo hiciéramos para que Vasconcelos se reconciliara con Calles?, su puesto está en México...» «No ando buscando puesto —repuse—, y si aquí les estorbo, échenme, pero públicamente». No se atrevían a tanto. En *La Antorcha*⁴ «empecé a molestarlos». Bajo esta mala vibra cumple Vasconcelos su regreso a España. Menos mal que lo subyugaba Madrid.

Y por lo mismo que la raíz de lo hispánico se veía combatida y negada en su suelo nativo era placentero sentirse en Madrid. Las capas no contaminadas de la población mantenían los usos y los hábitos rancieros (...)

El ambiente (...) no lo podían destruir y seguía siendo delicioso. De mañana desayunábamos churros y melón, café. Es muy bueno el café que preparan en España⁵, y los churros superan a toda clase de *dougnuts* y roscas inglesas o yanquis, por la sencilla razón de que están fritos en aceite de olivo, no en manteca de animales o vegetales (...)

Madrid tiene color. Esto se aprecia bien cuando se ha pasado una temporada en Francia, país de cielos nublados y de edificios grises. Una calle cualquiera de los

³ ¿Marcelino Domingo?

⁴ Su revista de combate, impresa primero en París y después en Madrid.

⁵ Como se advierte, Vasconcelos había sido finalmente ganado a la buena causa.

barrios madrileños produce efecto de sinfonía clara, los muros se ven dorados, los árboles tienen un verde luminoso; el cielo es azul transparente. Abundan los tiestos con flores en los balcones y saledizos. Las tejas de aleros y techados se conservan rojas; los más modernos edificios de las colonias lujosas conservan una gracia peculiar. Un soplo de vida en grande y a plena luz ensancha por doquiera la visión y explica la tradición pictórica nacional.

Vasconcelos no desaprovecha su teoría del Madrid de los treinta para ajustar cuentas:

Sin embargo, ya ni esto agradaba a los descastados. Azaña escribió en esos días para *Les Nouvelles Littéraires* un artículo dirigido contra la cruda luz madrileña, luz africana que «lastimaba sus sensibilidades de occidental». Echaba de menos las brumas parisienses y acaso sin saberlo, se hacía eco de las trivialidades —españoladas— de Anatole France y otros antiespañoles.

Hasta aquí. La implantación del maximato callista (Abelardo L. Rodríguez substituye a Pascual Ortiz Rubio, su oponente en la contienda por la presidencia) lleva a Vasconcelos a suspender *La Antorcha*. Escribe el primer tomo de las memorias, *Ulises criollo*, y se afana en su *Estética*. Viaja por Asturias. «Los rumores de la guerra civil no inquietaban seriamente los ánimos. Unas elecciones generales dieron el triunfo a las derechas, lo que demostró hasta qué punto había disgustado la arrogancia, la ineptitud constructiva de los izquierdistas». España se enfriaba en su corazón y en su mente. Leva velas a la Argentina.

Despedida (¿despedida?)

En su(s) historia(s) del *Pombo*, café ceremonial, Ramón Gómez de la Serna escribe sobre México y cinco ateneístas mexicanos exilados en España: Rivera, Acevedo, Reyes⁶, Guzmán y Henríquez Ureña. El país americano: «Yo amo a México y lo admiro. Para mí México es un Madrid terriblemente destartalado (...) Allí hay unos hombres vehementes e inteligentísimos, llenos de arranques geniales. Además, en México, es donde únicamente hay quizá otro Pombo». Diego Rivera: «El primer mejicano caracterizado que llegó a Pombo, fue Diego María Rivera. ¡Qué tío!». Acevedo: «Acevedo fue un Pombiano interesantísimo (...) Un misterio sentimental le fue atrayendo y se fue de todas las patrias hacia su patria interior, llena de reserva y sigilo». Reyes: «De forma completamente humana va perfectamente elegante y aseado por dentro, lo cual no quiere decir que por fuera no sea el hombre correctísimo (...) Posee el secreto de las atmósferas, que es superior al secreto de los estilos (...) Optimista y sano,

⁶ Actualmente preparo la edición de su correspondencia con el creador de las greguerías.



José Vasconcelos.

con calidad de antídoto contraveneno, aún lejano a su patria y atropellado por muchas peripecias sangrientas, Reyes cree, por ejemplo, en las cosas y practica sobre ellas un ensalmo como de místico de la magia». Henríquez Ureña: «Lo miramos con atención. Reyes nos había dicho: 'Este fue el que nos condujo a todos al mirador y nos emuló más (...) Una viva melancolía nos quedó al verlo desaparecer...». Y (por último) Martín Luis Guzmán: «Guzmán es el otro mejicano, vibrante y de positivo valor personal. Todas sus ideas tienen la testarudez de su quijada, y se apoyan sobre ella, una quijada de revolucionario, una quijada sin prognatismo, una quijada recia, larga, sostenida, rectangular, una quijada que él ha apoyado sobre el

fusil⁷, haciendo por eso la más segura puntería en las horas de refriega, que él ha apoyado sobre la palma de la mano en la hora en que ha aprendido la configuración de una cosa o de un tipo, y que ha apoyado sobre sus brazos cruzados y apoyados en la baranda de los miradores que se abren sobre los panoramas de las ciudades».

Adelantado de profesión, vigía pombiana, Ramón aquilata la novedad y el talento de un exilio, el mexicano en Madrid del primer tercio de este siglo, que en no pocos casos se muda transtierro. Quiero decir, confluencia decisiva, historia paralela, literatura común. Hora es de examinar, aquí y allá, en las dos orillas atlánticas, este momento cultural que marca a Alfonso Reyes pero también a Valle-Inclán, a Guzmán parejamente que a Azaña. Examinarlo, documentarlo, antologarlo.

⁷ Guzmán, en realidad, no disparó fusil alguno durante la Revolución Mexicana. Sus armas eran las de la crítica.

Fernando Curiel